

él, le formuló preguntas de las cuales la respuesta parece fácil pero sin embargo es complicada. Empezó haciéndole dudar si el amor es bello o por el contrario feo, ni lo que es sabio es ignorante. De esto sacó en limpio que siempre hay algo intermedio, no los extremos de lo bueno-malo y lo feo-bello. Luego le preguntó por su origen, qué utilidad tiene, el modo de conseguirlo, en resumidas cuentas, ella fue analizando el amor por partes, haciendo una serie de cuestiones a las que va sacando la respuesta correcta.

Rato después de haber concluido Sócrates se escucharon unos ruidos que provenían desde fuera. Entonces Agatón ordenó que miraran a ver quién era y al momento entró en la casa Alcibiades, que estaba borracho. Él les pregunto si lo aceptaban en el grupo y ninguno dijo que no. Tuvo un pequeño enfrentamiento con Sócrates y más tarde se pronunció con un discurso en el que alababa mucho a Sócrates. Cuando terminó esto, todos concluyeron en que Alcibiades estaba enamorado de Sócrates y que sentía celos de Agatón.

Para culminar, estuvieron compartiendo y bebiendo. Luego se fueron quedando dormidos. Pero de repente cuando despertó Aristodemo, se dio cuenta de que Sócrates, Agatón y Aristófanes seguían concentrados en un diálogo. Más tarde se quedaron dormidos y Sócrates, ya de día se marchó. Hizo todos los trabajos que tenía pendientes para ese momento y al caer la noche se fue a su casa a dormir. Todos terminaron extasiados de aquel delicioso banquete, en donde éste, dio la oportunidad para que cada uno expusiera lo que busca en su otra mitad y así poder encontrar la plena felicidad. El Amor. 𐀀

# LA LEYENDA DEL DICTAMO

**Tulio Febres Cordero**

(Tomado de la Revista *Cultura venezolana*,  
Año VII, Nº 59. Caracas, 1924)

**H**ubo un tiempo en que reinaba entre los indios de Los Andes una mujer por extremo hermosa, que ejercía un poder inmenso sobre las tribus. No se consideraban felices sino bajo el suave influjo de sus gracias y la sabiduría de su gobierno; pero sucedió que un velo de tristeza empezó a cubrir el semblante de la hija del Sol, y a poco fue apoderándose de ella una enfermedad desconocida que la consumía sin dolor. La comarca entera se conmovió profundamente. En las selvas sagradas, en los adoratorios y en las riberas de las lagunas andinas los piaches hacían de continuo ceremonias singulares entre los ídolos deformes del culto indígena; pero la reina continuaba enferma.

Mistajá era una graciosa doncella, favorita de la reina. Pena y alegrías, todo era común entre ellas, de suerte que la joven india, en la enfermedad de su amiga y soberana, vivía con el corazón traspasado de dolor, velando día y noche al lado de su regia e infortunada compañera.

— Mistajá, amiga mía –le dijo un día la reina– la muerte se acerca y yo no quiero morir. ¿Sabes tú si los piaches han agotado todo remedio?

— No, no es posible –le contestó la doncella, bañada en llanto.

— Dime la verdad. ¿Sabes qué le ha contestado el Ches sobre mi mal?

— Ciertamente nada sé, porque han guardado en esto silencio profundo, a pesar de que le han consultado por medios extraordinarios.

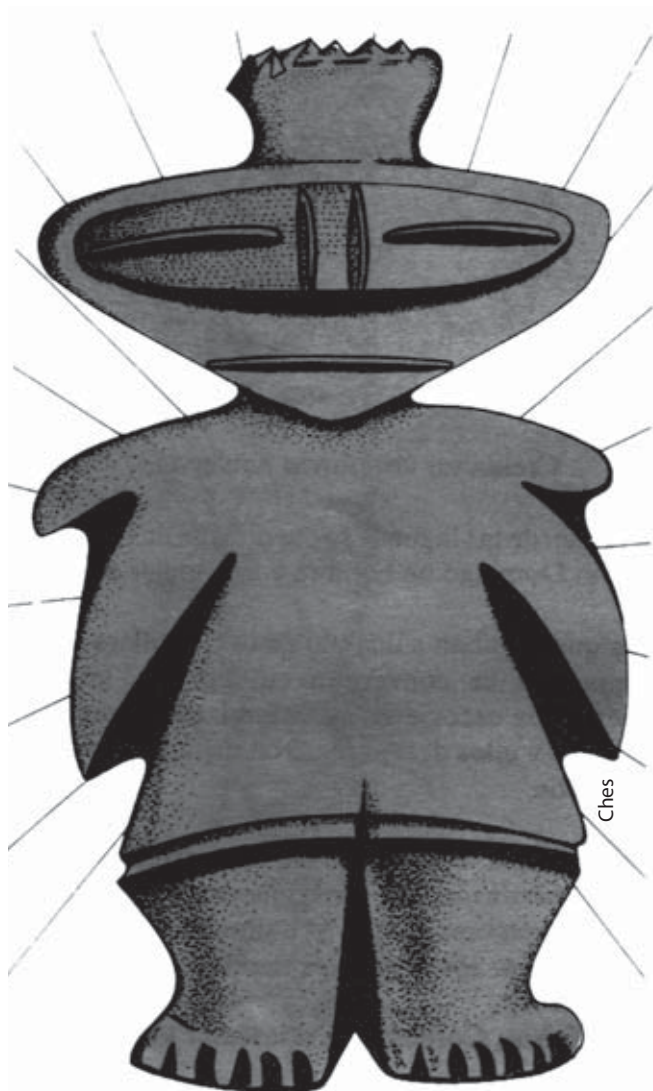
— Pues mira, Mistajá, mi única esperanza está aquí –díjole la reina, mostrándole una joya de oro macizo en figura de águila. Cuando mi padre, ya moribundo, la colocó sobre mi pecho me dijo estas palabras: *“Esta águila es la mensajera de los favores con que el Ches nos ha elevado sobre los demás indios. Si la pierdes, arruinarás tu estirpe”*. Yo, Mistajá, antes que el poder prefiero la vida y por ello estoy dispuesta a confiarte el águila de oro para que subas en secreto al Páramo de los Sacrificios y le ofrendes al Ches.

Mistajá perdió el color y tembló de pies a cabeza. Era cosa muy grave y extraordinaria lo que le ordenaba la reina, pues solamente los piaches y los ancianos subían a aquella altura desconocida para el pueblo, teatro de los horribles misterios.

— ¿Tiemblas, Mistajá? Yo iría en persona si tuviese fuerzas, pero no puedo levantarme siquiera y sólo en ti confío, pues ni los piaches ni mis guerreros consentirán jamás en este sacrificio que puede privarme del poder.

— Yo haré lo que mandes –contestóle la fiel amiga llena de espanto, pero resuelta a sacrificarse por su desgraciada reina.

— En alta madrugada debes partir, para que al rayar el sol estés en el círculo de piedras que debe existir en la cumbre solitaria. Allí cavarás un hoyo en el centro, y después de invocar al Ches con tres gritos agudos que se oigan lejos, muy lejos, enterrarás el águila de oro y esparcirás por



todo el círculo un puñado de mis cabellos. ¡Ay, Mistajá! Yo te ruego que así lo hagas y observes con gran atención si en el cielo, en el aire o en la tierra aparece alguna señal favorable.

Aquella noche Mistajá no pudo conciliar el sueño. Cuando llegó la hora de partir, la reina la armó con sus propias armas y le entregó junto con su preciosa joya un hermoso gajo de abundante cabello. La doncella lo miraba todo en silencio, sin poder articular ninguna palabra.

Dos horas de fatigosa marcha había desde la choza real a lo alto del Páramo de los Sacrificios. Cuando hubo llegado a la altura, una inspiración bastante extraña la hizo detener en súbito. Quedó enclavada, lela de espanto a la vista de unos fantasmas que blanqueaban entre las sombras. Instintivamente se dejó caer en tierra, sin atreverse siquiera a respirar, una larga fila de indios cubiertos de pies a cabezas con mantas blancas, le cortaba el paso. Estaban rígidos, como petrificados por el frío glacial de los páramos.

Largo rato permaneció Mistajá sobrecogida de terror, hasta que empezaron a asomar las claras del día por el remoto confín. Entonces sus ojos fueron penetrando más en las tinieblas, y la fantástica aparición tomó lentamente la forma de una hilera enorme de piedras blancas clavadas de punta sobre la altiplanicie que remataba el cerro sagrado. Recordó al instante el círculo de que le había hablado la reina y continuó su marcha hasta descubrir una entrada por la parte del Oriente.

Era aquel un campo cerrado, una plaza circular de bastante extensión y simétricamente delineada. Mistajá busca el centro, y con el dardo más fuerte que halló en su aljaba, se puso a excavar la tierra húmeda por el rocío. Luego se irguió vuelta hacia el Oriente, y lanzó con toda el alma tres gritos inmensos que resonaron por los cerros vecinos. Con mano trémula enterró el águila de oro y esparció después por todo el círculo los

cabellos de la reina, en momentos en que la aurora teñía de púrpura el lejano horizonte.

Como le estaba ordenado, quiso fijarse en el cielo, en el aire y en la tierra, pero un sueño profundo tumbó sus párpados y se dejó caer rendida, como presa de un poderoso narcótico. Era el instante supremo de manifestarse el Ches sobre la empinada cumbre. El paso de una cierva la despertó sobresaltada, a la hora en que los primeros rayos del sol jugueteaban con el bello plumaje de su coraza. Un olor fragante se difundía bajo sus pies; todo el círculo, antes yermo y triste, apareció a sus ojos cubierto de una yerba fresca y lozana, que la cierva devoraba con especial delicia.

Tomó algunos manojos de aquella prodigiosa yerba, descendió rápidamente del Páramo de los Sacrificios para presentarse a la soberana de los Andes, que recibió la aromática planta como una medicina del cielo; y volvió el color a sus mejillas, el brillo a sus ojos y la alegría a su corazón; y la vieron de nuevo todos sus súbditos salir por los floridos campos y las riberas del espumoso Chama, en hombros de gallardos donceles y al son de los instrumentos musicales.

Desde entonces existe en los páramos de Los Andes el oloroso dítamo, nacido de los cabellos de la hija del sol, o la yerba de cierva, que es su nombre indígena, en memoria de la cierva que primero comió de ella, a la hora en que el sol bañaba con tinte de rosa los escarpados riscos; pero el precioso dítamo desaparecerá como por encanto el día en que alguien desentierre el águila de oro ofrendada al Ches en la misteriosa cumbre. ❀